

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO

Madrid. 40
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas. — Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL y un cuadro, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

SIENA, ITALIA.

Sienna está situada en la pendiente de una montaña sobre un suelo cuya desigualdad dan á sospechar haber pertenecido á algun cráter vulcánico. Séase lo que se quiera, es cierto que Sienna descansa en parte sobre cavidades subterráneas. ¿Han sido estas efecto de causas naturales, ó son obra del hombre hecha en épocas de guerra? Punto es que no podemos resolver por falta de pruebas.

Fué Sienna fundada por los galos despues de la conquista de Roma, y fué hecha colonia romana bajo el reinado de Augusto, y en esta época recibió el nombre de *Sena Julia*, en memoria de Julio César. Durante la decadencia del imperio, fué teatro de varias revoluciones, y sojuzgada diferentes veces por varios conquistadores, hasta que finalmente á mitad del siglo XII, se erigió en república independiente, bien que ese fantasma de libertad, lejos de cicatrizar sus heridas, no hizo mas que emponzoñarlas. Una tiránica y turbulenta democracia usurpó el lugar del despotismo de uno solo: los habitantes de Sienna sordamente escitados por los florentinos, celosos rivales que esperaban sacar provecho de sus disensiones, declarándoles encarnizada guerra; y en ella ora vencedores ora vencidos tuvieron por fin que ceder á los florentinos, quienes les impusieron un astuto tirano bajo el nombre falaz de gobernador. Este supuesto gobernador llamábase Pandolfo Petrucci, y tan á maravilla desempeñó el objeto de los florentinos, que el mismo Maquiavelo le cita como modelo de usurpadores artificiosos. La muerte del tirano despertó á los sienenses, que se sublevaron y arrojaron los descendientes del despota; sin embargo, mas fácil les fué vencer que gobernarse, por lo que sus reyertas intestinas les sometieron sucesivamente á varios señores. Los franceses y los españoles los dominaron alternativamente, hasta que Felipe II cedió Sienna al gran duque Cosme I, pues desde entonces siguió la suerte de la Toscana.

Las calles de Sienna están empedradas unas con grandes piedras unidas, y otras con ladrillos. La disposición de ellas es tal, que la mayor parte se dirigen hácia el centro de la ciudad, y

es preciso siempre subir ó bajar al recorrerlas. Las torres que se levantan en medio de la ciudad, y que se divisan desde muy lejos, hacen parte de los palacios de nobles. Las casas generalmente son de arquitectura gótica; con todo, hay algunas que están edificadas á la moderna, y no les faltan comodidades. Muchas de ellas, que están de espaldas á la montaña, tienen jardines tan altos como las ventanas, lo que produce muy agradables puntos de vista.

De Sienna podemos decir lo mismo que de Florencia, que parece edificada á propósito para la guerra civil; pues por todas partes presentan los edificios igual severidad de arquitectura, y la misma solidez de construcción; y tambien como en Florencia las casas particulares son almenadas y blanqueadas de torres.

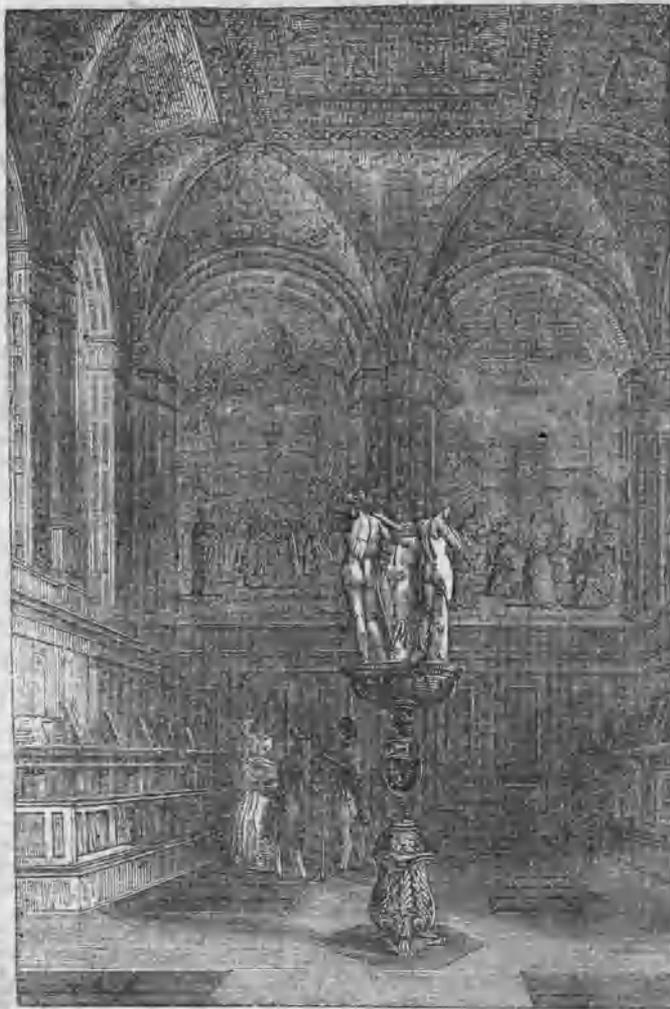
La plaza del Campo, ó de las casas consistoriales, tiene 1,036 pies de ámbito, es de forma elíptica, empedrada, cercada de tiendas y de antiguos edificios, con reducidos pórticos de esti-

adan y Eva, y su espulsion del Paraíso terrenal. Junto á la misma plaza se levanta una columna de granito, sosteniendo á una loba que da de mamar á Remo y á Rómulo, grupo de bronce dorado, y se cree que esta columna perteneció á un templo de Diana. A pocos pasos hay una capilla de la Virgen hecha de mármol, y abierta á manera de pórtico: fundóse con motivo de la peste de 1348. La grande torre que se halla detrás de dicha capilla, segun dicen, tiene 270 pies de elevación.

El palacio ó casa de la ciudad (*palazzo degli ecclesi ó de Signori*) es un vasto edificio enteramente aislado, obra en parte de silleria y en parte de ladrillos. Tiene pórticos donde pasearse: el interior se compone de varios salones adornados con una infinidad de cuadros relativos á la historia de Sienna. El antiguo salon del consejo, vuelto inútil cesada la república, convirtióse en sala de teatro, que se incendió en 1784 y fué nuevamente construido.

El monumento mas bello y antiguo de Sienna, ó por mejor decir, el único digno de tal nombre, es la catedral, edificio ogival, propio bajo cualquier aspecto de la antigua magnificencia italiana.

La catedral está edificada en cima de una altura, y domina una plaza que la rodea por tres lados: sobre ella á la iglesia por una escalinata de mármol que anuncia la grandiosidad y magnificencia del edificio, que es un vasto buque lleno de magestad, de arquitectura gótica, cubierto así interior como exteriormente de mármoles blancos y negros, artística y simétricamente arreglados. Su fundación asciende al año de 1250. La portada, reedificada en 1333, tiene tres puertas, adornadas con estatuas, bustos y otros objetos de ornato, y en particular son muy apreciadas dos columnas que sostienen el fronton. La totalidad del edificio tiene 330 pies de largo; y fuera su interior mas agradable como tuviese mayor anchura. Los pilares participan de un órden compuesto y presentan mucha ligereza. Las ventanas están formadas de una infinidad de columnillas, que puestas unas delante de las otras, ofrecen una perspectiva frenal. La bóveda es azul salpicada de estrellas de oro. La cúpula descansa sobre columnas de mármol; la de la capilla de la Virgen es dorada, y el altar embaldosado es de lapis-lázuli; se halla ademas adornada con varios bajos relieves y columnas de verde-mar, de órden compuesto. Las esculturas de madera que circuyen el coro, son obras maestras de trabajo y de paciencia. En la capilla de San Juan entre otras varias, se admira la de este santo, hecha de bronce por Donatello. El pavimento del templo es en su género una obra



Interior de la sacristía de la catedral de Sienna.

de las mejores. Representa varias historias del Antiguo Testamento ejecutadas con mármoles grises, blancos y negros: son cuadros de claro-oscuro hechos de mosaico, dibujados con ciertos rasgos de cabeza dignos de comparación con los mejores de Rafael. Una cosa notable se ve en la catedral de Sienna, y es la serie de todos los bus-

tos que representan los papas hasta el de Alejandro III, colocados en una especie de galería que rodea la nave. Hay además un pulpito lleno de bajos relieves de mucho mérito, y se hallan en una capilla dos estatuas de Bernini, en particular la Magdalena.

Los cuadros de la sacristía son muy notables; por mucho tiempo se atribuyeron á Rafael; pero finalmente se da por averiguado que pertenecen á Pinturichio, y que Rafael se limitó á darles algunos retoques. La sacristía lleva el nombre de Librería, porque en ella se conserva una colección de antiguos misales adornados con miniaturas. En el centro hay un grupo de las tres Gracias, de antigua escuela, y de mucho mérito.

Ha dado Siena á la Iglesia siete papas, entre ellos Gregorio VII y Alejandro III, el mismo que tuvo la gloria de humillar en San Marcos de Venecia el orgullo del emperador Federico Barbaroja. Fué también la cuna de Graciano, de Mañtolo y de los tres Somos, uno de los cuales fué jefe principal de la secta de los sienianos; y en fin, allí nació Santa Catalina en el año de 1347 de un padre de oficio tintorero.

Fué el comercio de esta ciudad antiguamente muy considerable: fabricábase algunas manufacturas de lana, cintas, que llevan á la feria de *Sinaglia*, cueros, sombreros y enredas para instrumentos, siendo además muy apetecido el mármol que sale de sus canteras.

Los sienenses son hombres de talento, afables, corteses y tan pundonorosos que son muy susceptibles de resentimiento. Su dialecto pasa por el más puro de cuantos se hablan en Italia. Su pronunciación es dulce y armoniosa, y hablan con mucha corrección. Allí en realidad se encuentra la *lingua toscana in bocca romana*, es decir, la pureza de diction de los florentinos unida á la suavidad de pronunciación de los romanos.

La población de Siena es igual á la de Pisa, y se compone de unos diez y seis mil habitantes.

EL BUEN DON JUAN.

Conclusion.

III.

¿Habéis amado, lectoras mías?

Si, sin duda.

Entonces habéis tenido el paraíso en el corazón, y el infierno en la cabeza.

Tales eran los síntomas que experimentaba la señora de Fernandez.

Desde aquella tarde en que Federico la había hablado de sus padecimientos, tuvo esos dulces ensueños que inocentemente nos mecen, como las olas del Adriático mecen las gondolas venecianas.

Su marido no se apercebía de ello.

En fin, quiso dar algunas reuniones para distraerse.

Su marido no la contradujo.

Adelaida no tuvo ni aun la felicidad de tener un marido que la tiranizase: fué la mujer más desgraciada del mundo.

El bueno de don Juan tenía una igualdad de carácter desesperante.

Un mes después de esta entrevista de Federico y Adelaida, esta encontró en un libro que había puesto sobre su costurera algunos versos escritos con lápiz: aquellos versos eran simplemente una declaración de amor hecha en los términos más respetuosos y más apasionados.

El corazón de la jóven se llenó de admiración por el pobre abandonado, tan poeta como respetuoso.

¿Cómo no tender una mano generosa á un desgraciado tan interesante?

Durante el sueño del señor Fernandez, sueño de oficinista, sueño proverbial, su mujer escribió el billete siguiente, palabra bien inocente, carta muy culpable:

«Valor y esperanza! Dios protege las almas grandes. El padecimiento es la piedra de toque del genio. La amistad puede abrir muchas puertas, derribar muchas barreras; la amistad vela sobre vñ.: es una lámpara que arde tranquila-

mente, y que debe iluminar con su dulce y vivificante calor su porvenir, que será hermoso.

Adelaida.»

Este billete fué puesto al día siguiente sobre la mesa de don Federico, cuyo ardor en el trabajo se había considerablemente aumentado.

Y desde aquella tarde se estableció una correspondencia entre el jóven y la jóven.

Adelaida había encontrado la novela con que soñaba en Valladolid.

Su vida iba á ser agitada.

Las primeras cartas fueron modelo del género opiatológico... Hablábase en ellas de virtud, de deber, de honor á cada frase: reuniéndose se hubiera podido componer un curso de moral.

Federico no quería otra cosa sino el permiso de amarla en silencio, en la sombra, en el secreto. Su corazón, que no se hallaba apegado á nada al entrar en la vida, rebosaba de honor y de amor: el objeto amado era para él madre, patria, familia.

Adelaida había al fin encontrado su bello ideal. Ella lo confesaba así. Aquel hombre generoso sabía bien que sería el primero á defenderla contra ella misma.

En estas epístolas amorosas se hacía el elogio del bueno don Juan Fernandez. Se le apreciaba: era el tipo del hombre honrado, bueno, generoso, pero se le juzgaba indigno de ninguna acción valerosa, de ninguna emoción delicada. En fin, para dar aquí á las cosas su verdadero nombre, estos dos enamorados seguían el florido sendero que conduce ordinariamente al abismo.

Cuando las mugeres se hallan sobre una mala pendiente, sino la bajan, la ruedan y vienen á hacerse pedruzcos en el fondo del precipicio sin conocer que van á caer en él.

La señora Adelaida había cometido bastantes imprudencias sin faltar, sin embargo, á sus deberes, porque cualquiera otro que su marido se hubiera apercebido de su loca pasión. Pero Fernandez tenía confianza en su mujer, y sabía además que hacía todo por hacerla feliz: desde entonces estaba convencido que debía serlo.

El buen hombre se engañaba: estaba muy distante de creer que Adelaida le engañase. Es la historia ordinaria, común, frecuente, y repetida siempre.

En esto estaban, cuando un día, por una extraordinaria casualidad en la vida de don Juan Fernandez, salió éste de su oficina un día á las dos de la tarde. Pensaron todos en seguida que graves negocios le habrían ocurrido; y su ausencia de la Dirección de Rentas fué objeto de las conversaciones durante el resto del día...

—La señora de Fernandez se hallará tal vez en delicada posición, dijo un supernumerario de diez y ocho años de oficina.

—Habrá hecho Fernandez alguna conquista, dijo sonriendo un meritório que era el ojito derecho del oficial de mesa, y tarareó: cuando el guardia juega á los naipes, ¿qué harán los frailes?

—Habrá ido á buscar algun protector para tener un aumento de sueldo.

—No tendrá dinero.

—¡Jah! es que el oficial mayor se halla agotizando, dijo otro meritório.

—No ha muerto todavía, contestó simplemente el supernumerario.

—Si, pero morirá, respondió sentenciosamente otro, y los primeros que acudan recibirán algo.

Así se pasó hablando todo el día.

Los celos y la maledicencia son dos virtudes peculiares y arraigadas en las oficinas del gobierno: en ejercerlas pasan una gran parte del día las que viven de las espléndidas migajas del presupuesto.

Sin preocuparse de lo que decían sus camaradas, don Juan se fué á pasear tranquilamente por el Prado á la Fuente Castellana.

El jefe de mesa no había salido por causa de sus negocios: había cedido, ¡cosa inaudita, increíble! á un capricho.

¡Bu capricho!

¿Qué se hubiera dicho en la Dirección de estancadas si un hecho tan monstruoso hubiera sido descubierto?

Don Juan se paseaba, pues, en la mitad del

dia al sol, con un tiempo sereno, como un hombre libre....

No croan nuestros lectores que soñaba.

De ninguna manera.

Paseaba sin pensar en nada, asombrado de verse fuera de su oficina en aquella hora, y preguntándose sino haría mejor en volverse á ella. Disponiase á tomar este partido el exacto empleado, cuando su atención se fijó en los estancieros que hacía un ginete para mantenerse firme en una yegua árabe muy fogosa.

El animal parecía lanzar rayos por sus ojos: se levantaba de manos, afirmándose en sus cuartos traseros de acero: una blanca y humeante espuma cubría su bocado de plata: una espesa niebla salía de sus narices.

El caballero que la montaba y que pertenecía á esta clase de hombres que han dado en llamarse *elegantes*, era un perfecto ginete. Mantenía su caballo sin parecer temerle.

Don Juan atraído de la gracia del ginete y de la hermosura de la yegua se adelantó para admirarle mas de cerca, y permaneció de repente inmóvil, suspenso, clavado en su sitio.

Aquel sportman lenta todas las facciones de don Federico su dependiente.

Crea soñar.

Se restregó los ojos para asegurarse de que no estaba dormido.

Era la misma mirada, la misma sonrisa; el dependiente y el gran señor no eran mas que una sola y misma persona.

El poco tiempo que duró el asombro de don Juan bastó al caballero para desaparecer: cuando el esposo de Adelaida levantó la cabeza, vió que había desaparecido.

—¿Me engañar? murmuró marchándose á su casa. ¡Oh! yo lo sabré.

Durante la comida don Juan estuvo alegre, risueño, afectuoso, como de ordinario.

Una serpiente le destrozaba sin embargo el corazón, un horroroso reptil, ¡los celos! Pero nadie hubiera podido conocerlo. El jefe de mesa observó á su mujer, y solamente creyó descubrir en ella una gran mudanza.

Vió la palidez de sus mejillas en donde existían todavía huellas de las lágrimas.

La encubierta mirada de Adelaida le hizo estremecer: en fin, habiendo por casualidad pronunciado el nombre de Federico, distinguió en pasagero rubor que vino á sonrosar la frente de la jóven.

—Vamos, se dijo el marido levantándose de la mesa, ó puedo salvarla, y si puedo, debo hacerlo.

O está perdida, y entonces no me queda mas que perdonarla y vengarme.

Como se puede juzgar, el bueno de don Juan no discurría demasiado mal.

IV.

El conde Emilio de Mendoza, descendiente de una antigua familia de Andalucía era un caballero moderno en toda la estension de la palabra. Su fortuna se elevaba á 40.000 duros de renta.

Tenía treinta años. Lanzado desde muy temprano en el mundo elegante, se hallaba bastiado el conde. Sus amores con las señoras de alta clase, sus desórdenes y relaciones con las actrices y bailarinas habían gastado su corazón y resfriado sus sentidos.

Habiera dado la cuarta parte de su fortuna por ocuparse en una pasión seria, y buscaba una ocasión de amar, cuando esta ocasión se le presentó de repente cual si una *hada* hubiera protegido á nuestro caballero.

Viendo un día á casa de su tía, la condesa de la Palma, que vivía en la plaza de Alfigidos, el conde descubrió en aquel aislado y solitario barrio una perla oculta á todos los ojos de los habitantes del centro de Madrid, y aquella perla le deslumbró hasta tal punto, que resolvió, cualquiera que fuese el trabajo que le costase, el llegar hasta ella y conquistarla.

Después de haber hecho tomar informes por sus criados, el conde Emilio supo que aquella perla no era otra cosa que una encantadora jóven de provincia que se llamaba la señora de Fernandez, y que estaba unida por toda su vida á un oficial de la Dirección de estancadas. Estos datos llevaron de gozo el alma del conde: adi-

vinó lo que no se dice: comprendió que una mujer joven y encantadora debía fastidiarse de estar sola todo el día, no poder comunicar sus ideas mas que con un empleado, especie de gente, que por lo regular no tienen mucho de lo de Salomón.

El conde Emilio de Mendoza encontró ya una ocupación: quería desatreglar aquella pacífica casa, y perder una mujer pura y virtuosa.

Para esto se había hecho recomendar al bueno de don Juan, y consintió en ser el *secretario*, el *dependiente* de aquel marido, al que preparaba el papel de predestinado.

Ya sabemos qué protestas había alegado el conde para introducirse en aquella familia, y por qué vergonzosa mentira había conquistado el corazón generoso de Adelaida.

Era el conde Emilio, llamado Federico, el que el jefe de mesa había encontrado en la Fuente Castellana montado sobre una fogosa yegua, y el conde al reconocer á su *amo* había echado á huir alarmado de las consecuencias que podía tener aquel encuentro.

Si hubieran pasado algunos días todavía, Emilio hubiera triunfado de los rigores de Adelaida: pero para esto era preciso ser siempre el huérfano, el pobre, el abandonado, el paria.

El menor descubrimiento daba por tierra con todo aquel andamio construido por este don Juan en miniatura.

La noche del día de aquel encuentro, don Federico fué para escribir y trabajar en casa de don Juan, pero no encontró á los dueños en ella. El jefe de la mesa, queriendo sin duda descansar enteramente aquel día, se había llevado á su mujer al teatro del Circo: tenía además que confiarle alguna cosa.

El conde Emilio no tuvo, pues, necesidad de representar su papel de pobre, y salvo el vestido entró hecho un gran señor, y despues de haber encendido un cigarro dijo á la criada, que era una gallega taimada como las gentes de su país:

—Y bien, Gertrudis, ¿qué hay de nuevo por aquí? ¿cómo es que los amos han salido?

—¡Ah, señor conde! respondió la criada; no hay nada de nuevo.

—El señor ha traído dos botacas para el Circo, y se ha llevado á la señora: sin duda es un regalo, porque el señor es demasiado mezquino y tacaño para gastar ni un ochavo.

Se ve que Gertrudis se hallaba al corriente de la infamia que se preparaba.

Sonríase el conde.

—Y qué te han dicho para mí? preguntó.

—El señor os da suelta por esta noche...

—¡Ah, ah, ah! dijo de nuevo el conde sonriendo. ¿Y la señora?

—La señora no ha hablado de vd... respondió con socarronería Gertrudis.

—¿Qué diablitos murmuró Mendoza.

Y se disponía á marcharse, cuando la criada le dió un golpecito en la espalda.

—Aquí hay un libro que el señor ha prestado á mi señora, y que mi señora me ha dicho que se lo devuelva.

Se iluminó de alegría el rostro del conde.

—¿Por qué no me lo has dicho al momento? la dijo, poniéndola un napoleón en la mano.

Aquel libro era un tomo de las *Mil y una* novelas de Mellado.

El conde encontró entre las hojas una de aquellas cartas apasionadas y comprometidas que Adelaida tenía la imprudencia de escribirle hacia algunas semanas.

—Vamos, vamos, se dijo Emilio volviéndose á su casa para cambiar de traje é ir al Casino. Ya es tiempo de concluir esto: ¡tocamos en el instante de dar un gran golpe!...

La señora de Fernandez estuvo pensativa durante toda la noche; y su marido que la observaba notó de nuevo su turbación y palidez. La noche era hermosísima, y los dos esposos se volvían terminada la zarzuela, por la calle de Alcalá.

Después de haber andado un rato sin decir una palabra, Fernandez habló en estos términos:

—Querida Adelaida, me parece que hace algún tiempo que tienes algo, que no estas buena y que me ocultas tus padecimientos...

Estremecióse la joven: su marido sentía temblar su brazo, que apoyaba penosamente en el sofo.

—Tal vez echas de menos las distracciones de las jóvenes, y tal vez no tengo bastantes atenciones para hacerte mas agradable la vida.

—¿Por qué dices eso? dijo Adelaida sorprendida.

—¿Por qué? porque no veo en tus ojos la alegría de otras veces; porque van desapareciendo cada día tus hermosos colores; porque, en fin, hallo en tu rostro entristecido señales de que lloras...

Su mujer no contestó nada; tuvo miedo.

—Se puede amar mucho á su mujer, y no saberla amar, respondió don Juan. Yo creo hallarme en este caso, y he resuelto poner un término á tu aislamiento y sacrificar un poco mis intereses administrativos á mis intereses conyugales.

A punto estuvo Adelaida de descubrirse. Las ausencias de su marido habían favorecido su candido amor. ¿Qué sería de ella si recobraba enteramente su libertad?

—He resuelto, dijo don Juan, dejar los trabajos que me ocupaban por la noche en casa, y desde mañana voy á despedir á mi escribiente don Federico...

A aquel nombre su mujer se puso colorada, y se vió precisada á pararse: le faltaba la respiración; toda su sangre se había agolpado al corazón.

El bueno de don Juan aparentó no conocer el efecto que acababa de producir, y continuó con voz tranquila y reposada:

—El joven es muy interesante; trataré de buscarle otra colocación: yo ya no lo necesito...

—Querido, dijo la joven arrastrada por su amor, es un pobre huérfano sin recursos. ¿Quién sabe si arrastrado por la necesidad no se abandonará á la desesperación?...

—La desesperación no ataca sino á los que aman, respondió el marido sonriendo como si hubiese dicho la frase mas insignificante del mundo.

Afortunadamente habían llegado á la puerta de la casa, Adelaida ya no podía andar.

¿Había sospechado alguna cosa su marido?

¿Buen Federico amaría á otra mujer? ¿La engañaría Federico?

¡Israel agostia! Principio del castigo impuesto por la conciencia á las mujeres culpables.

Don Juan se sentó en un sillón mientras que su mujer se quitaba la mantilla, y continuó:

—Desde que ocupó á Federico he adivinado que tenía una pasión: está distraído, triste, pensativo: vive demasiado en su amor para que se ocupe en que yo le despidiera. Además, querida Adelaida, tu salud y tu descanso son antes que yo. Mañana pediré una licencia al ministro de Hacienda, é iremos á pasar un mes en Valladolid. El aire de tu país te devolverá tu alegría y tu frescura.

La mujer no se atrevió á responder...

¿De dónde procedía esta mudanza en las costumbres de su marido?

Aquella noche el buen don Juan no insistió mas, y se acostó.

Adelaida no durmió en toda la noche. Su marido que la espíaba, vió convertirse en certidumbres sus dudas.

—Le ama, pensó entre sí, é ignora que no ha venido aquí sino para engañarla.

A la mañana siguiente don Juan se hallaba fuera de su despacho cuando entró don Federico.

El dependiente tenía el aire meditabundo.

Dió una vuelta por el despacho para cerciorarse de que se hallaba solo, y tocó la campanilla.

Se presentó la criada.

—¿Con que ha salido el señor? preguntó.

—El señor no ha comido en casa, respondió la gallega con cierto embarazo.

—¿Y su señora?

—Está encerrada en su cuarto, y parece que está mala.

El dependiente hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué diablitos de tonto, que me lo vine á encontrar!... despues sacando de su bolsillo un libro, se lo entregó á Gertrudis diciendo: lleva esto á tu señora.

La criada salió y no volvió.

Don Federico permaneció dos horas ocupado en reflexionar lo difícil de su posición, y no habiendo vuelto don Juan, él se retiró.

Cuando llegó á la plazuela de Santo Domingo, no reparó que le seguían. La noche estaba obscura, el aire cargado de electricidad anunciaba una tormenta.

Cuando Emilio subió en la plazuela de las Descalzas Reales á la casa en que vivía, un hombre de rostro tranquilo y amable entró en el cuarto del portero, y le preguntó, dejándole un napoleón, el nombre del caballero que acababa de entrar.

—Es don Emilio de Mendoza, conde de Prado Longo, respondió el portero asombrado; pero este caballero no es inquilino de la casa, sino el propietario de ella.

—¿A que hora recibes?

—Todas las mañanas.

El hombre saludó y se marchó.

—Vaya un ente original, dijo el portero. Sin embargo, es generoso, y esto es lo esencial.

El conde de Prado Longo se propuso forzar la situación el día siguiente mismo.

Las ausencias de su *principal*, como él decía riéndose le asustaban.

El bueno de don Juan volvió á su casa, abrazó á su mujer, y la anunció que le habían concedido la licencia.

V.

Apenas eran las ocho de la mañana, cuando el conde Emilio de Mendoza se despertó con un extraño ruido que sentía en su antesala. Procedía aquel ruido de una disputa entre los criados del conde y una importuna y desconocida visita que quería forzar la consigna.

Dió un campanillazo Emilio para saber qué era lo que pasaba en su casa. Entró un criado.

—Juan, ¿qué ocurre? preguntó con tono incomodado.

—Señor, es un hombre que quiere entrar á ver á V. S., por mas que le desistimos.

—¿Cómo se llama?

—No quiere decir su nombre, si no á V. S. mismo.

—¿Pero qué trazas tiene?

—No tiene trazas ningunas, respondió sencillamente el lacayo, habituado á no ver venir á casa de su amo sino gentes muy distinguidas.

El ruido continuaba siempre.

—Dame la ropa para vestirme, y hazle entrar en la sala, dijo el joven cediendo á un presentimiento.

Obedeció el criado, y pocos momentos despues el conde entró en su sala donde le aguardaba la visita.

Aquella sala estaba adornada con el mas exquisito gusto. Alfombras, colgaduras, cuadros, riquísimos muebles y silleras de palo santo; grupos de bronce magníficos daban á aquella sala un aire severo, frío y suntuoso.

Cuando entró el conde, el hombre que iba á verle miraba con atención un cuadro representando la mujer adúltera á los pies de Jesucristo: tenía vuelta la espalda á la puerta.

—¿Deséa vd. hablarme, caballero? dijo el conde con voz afable.

Volvióse entonces la visita. Su rostro estaba pálido, pero tranquilo; no se podía leer en él emoción alguna.

—Si, señor conde Emilio de Mendoza, conde de Prado Longo, respondió, rocalcando cada palabra.

El conde se quedó confuso al reconocer á don Juan Fernandez: sin embargo, habiendo vuelto á tomar su sangre fría, hizo seña al jefe de mesa de que se sentase: este permaneció en pie.

—Hace tres meses, dijo, se presentó en mi casa un miserable, que recomendándose con su miseria, con su edad, con su capacidad y sus padecimientos, y especulando con las apariencias vergonzosas y humildes llegó á interesar mi corazón, y á hacerse admitir como escribiente mío, aguardando á que yo lo hubiese podido colocar en la dirección á que pertenecía...

El conde hizo un movimiento.

—Paciencia caballero, voy á ser muy breve, porque tengo prisa: es preciso que esté en mi oficina á las diez; y de todas mis tantas mantas, una de las mas ridiculas es la exactitud: Continuo: aquel miserable que entraba en la casa de un hombre honrado bajo la capa agrada de la

miseria, no era más que un infame: porque no contento con robar una plaza, injuria á la verdad, pero que pudiera servir para hacer vivir á un joven honrado, quería seducir á una mujer joven, bonita, y cuyo carácter exagerado y sensible corazón podían causar su perdición.

¡Ay! Tal es la humildad: aquel bribón lo conocía bien: como hombre de mundo se hubiera estrellado: el paria, el abandonado, el huérfano podía vencer. ¡El corazón de las mujeres sumbe por la compasión! El que se sentaba á mi mesa como escribiente, el que consentía en embrutecerse copiando cosas muy buenas para un talento como el mio, el ser en fin que con sangre fría, con cálculo meditaba mi deshonra y la pérdida de mi mujer, era un gran señor, era un elegante de la corte, un noble, un hijo de familia, y ese gran señor, ese elegante, ese noble es vd., señor don Emilio de Mendoza, conde de Prado Longol...

Ese cobarde, ese miserable que se ocultaba bajo el nombre de Federico, es vd., descendiente de los duques de Alaminos.

El rostro de Fernandez tenia una horrorosa palidez. Sus ojos, de ordinario tan dulces, lanzaban rayos; su semblante todo tenia una expresión salvaje.

—Señor, dijo el conde, los insultos de vd. no pueden llegar hasta mí. No le conozco á vd.

—¡Hágame vd. echar de su casa, respondió irguiéndose el jefe de mesa.

—Tiene vd. razón; no hay explicaciones entre nosotros.

—No tengo tiempo que perder. Vd. ha hecho á mi mujer una corte continua: vd. la ha hablado de sus penas, de sus miserias, de su aislamiento... y la pobre mujer le ha creído á vd... Vd. la ha dirigido versos, y ella misma se ha dejado engañar en esas redes tendidas por una mano hábil y un hombre de talento. Desde entonces ha mediado una correspondencia entre vds. Yo quiero esa correspondencia....

—Caballero, para contarme esas historias ha puesto vd. en revolución á todos mis criados, y á mí me ha levantado contra mi costumbre....

—¡Esa correspondencia, caballero! Señor conde, venga esa correspondencia. Aquí tiene vd. los últimos versos que ha dirigido á Adelaida en uno de los tomos de las novelas de Mellado. Tome vd. el tomo y los versos, y vengan pronto las cartas de mi mujer.

—¿Quién le ha podido á vd. dar ese tomo y lo que contiene? preguntó el conde, olvidando que se confesaba culpable.

—La criada, que ha faltado á sus deberes por vd. esta vez le ha vendido á vd. por mí. Desc vd. preso, caballero.

—No tengo ninguna carta de su mujer de usted, respondió el conde.

—Miente vd., señor conde... Adelaida me lo ha confesado todo; he podido desengañarla á tiempo...

Su amor se ha cambiado en desprecio cuando ha sabido que vd. no era más que un infame.

—Caballero, dijo el conde encolerizado, pocas injurias. Sepa vd. que no las tolero de nadie. Silencio, ó le hago á vd. echar por la ventana.

El pensamiento de que se le escapaba Adelaida, había hecho perder toda su prudencia al conde...

Al terminar esta frase, Fernandez se arrojó á él con brazo vigoroso, y describiéndole sobre la alfombra apoyó sobre su pecho el cañón de una pistola.

—Silencio, dijo con voz sombría, mis cartas, ó disparo sin compasión!

Permanecieron algunos instantes así. El conde trató de luchar, pero su adversario era mas fuerte. Los músculos del jefe de mesa se hallaban contraídos y tiesos como si hubiesen sido de hierro. Su puñeta dura como un martillo.

—Tenga vd. compasión de mí, caballero, dijo el conde; déjeme vd., voy á buscar sus cartas.

Fernandez comprendió que su antiguo escribiente quería salir lo mas honrosamente posible de aquella situación. Le ayudó á levantarse; pero conservó en la mano amarillada la pistola.

El conde abrió uno de los cajones de una mesa, y después de haber tomado un paquete de cartas, se las entregó al marido. ¡Este las contó!

—Están todas, dijo; no pido más.

Si vd. cree que debe pedir una satisfacción

por el modo con que he procedido, estoy á sus órdenes.

El conde permaneció algunos instantes absorto.

Parecía luchar con un penoso pensamiento.

—Caballero, dijo de pronto dirigiéndose á Fernandez, que bajaba la pistola después de haber metido en su bolsillo sus preciosas cartas, confieso que mi conducta no ha sido la de un hombre pundonoroso. Ruego á vd. que admita mis excusas: vd. ha obrado como un hombre honrado. Si todos los maridos fuesen tan diestros y tan energicos como vd., habria muchas menos mujeres culpables.

Era vd. que mi respeto por su señora es igual á la estimación que le profeso.

El jefe de mesa le miró con un aire de admiración.

—¿Qué hubiera vd. hecho si yo hubiese sido el amante de su mujer de vd.? preguntó el conde.

—Le hubiera á vd. muerto, respondió firmemente el marido limpiando con la mano su sombrero.

Después saludó y se marchó.

—¡Diables! dijo el conde, ¡qué feroz es este buen don Juan!

A las diez y cuarto Fernandez se hallaba en su mesa en la Dirección de estancadas. Su sonrisa era la misma de siempre. Nadie hubiera podido sospechar el drama en que acababa de representar el papel de protagonista. Por la tarde entregaba á su mujer las cartas de sus amores. Adelaida se arrojó en sus brazos hecha un mar de lágrimas.

—A mí me toca hacértelo olvidar, dijo el marido estrechándola sobre su corazón. A la mañana siguiente se hallaban en las diligencias de Cordero para marchar á Valladolid. Cuando volvieron de allí al cabo de un mes, la señora de Fernandez había vuelto á recobrar su alegría y sus frescos colores.

Había sabido la valerosa acción del buen don Juan.

MISCELANEA.

CIENCIAS.—Aire comprimido.—Fuente de Héron.—Agua extraída de las minas por el aire.

Se ha ignorado por mucho tiempo que el aire fuese un fluido y un cuerpo elástico, es decir, capaz de comprimirse y estenderse ó dilatarse. Sin embargo, el calor lo dilata, el frío lo comprime, ó mas bien cuando el calorico se escapa, el aire se hace mas denso ó mas áspero. Esta facultad del aire de poder ser comprimido, ha dado lugar á la invención de las bombas comprimidas que se apoderan del aire exterior, y lo condensan en un espacio estrecho.

Tambien sirve la compresion del aire para las armas que despiden balas, y así se han hecho los fusiles de viento, cuya buca colata recibe cierta cantidad de aire comprimido, y afojando una llave que da salida á una parte del aire hacia el cañon, la bata sale con tanta fuerza como de los fusiles ordinarios de resacas de la explosión de la pólvora; pero son armas peligrosas y pérdidas, porque no haciendo ruido, el crimen podrá servirse de ellas impunemente, sin que lo delate la explosión, pues ya hemos dicho que no la tiene.

Una invención mas inocente, fundada igualmente en la compresion del aire, es la de la fuente de Héron, que consiste en un vaso lleno en parte de agua, y que tiene un gran espacio vacío, en el cual se comprime el aire hasta el punto de pesar fuertemente sobre el agua. Si entonces se abre un pequeño conducto incurvado adherido á la parte baja del vaso, el agua empujada por el peso del aire, sube con impetuosidad por el conducto á considerable altura.

Un escritor público, cuya juventud fué peregrina y novelesca, creyó que haria fortuna con la fuente de Héron porque decia: «¿qué habrá en el mundo mas curioso que una fuente de este género?» y se imaginó en su locura que con solo enseñar su fuente seria bien recibido en cualquier país. Púsose pues en camino con un amigo que debía ayudarle á mostrar por todas partes la gran curiosidad, y aunque su bolsillo no estaba

muy lleno, su corazón palpitaba de alegría y esperanza, como veréis en las siguientes palabras.

«¡Fíjese mi extravagante viaje con tanto gusto como me habla prometido; pero no enteramente del mismo modo, pues aun cuando nuestra fuente divertia algunos momentos en las posadas á las huéspedes y sus maritones, ninguna pagaba un cuarto. Esto nos inquietaba, pues no pensábamos sacar partido de este recurso, hasta que so nos hubiese acabado el dinero: mas una desgracia trastornó nuestros planes. La fuente se rompió, y ya era tiempo, porque conocíamos, aunque no osábamos decirnoslo, que empezaba á fastidiarnos. Esta desgracia nos puso mas alegres que antes, y nos reimos mucho de que no hubiéramos advertido hacia tanto tiempo que nuestros vestidos y nuestro calzado se gastarian, sin poder renovarlos con el juego de nuestra fuente.»

En el día se procura sacar mejor partido de la compresion del aire, y algunos ensayos hechos en Francia recientemente, son tan solo una aplicación en grande del principio de la fuente de Héron. He aquí de lo que se trata en las orillas del Loira.

En la parte inferior de su curso se hallan bancos de hornaguera, ó carbon de piedra, sepultados bajo enormes montañas de arena, para llegar á la hornaguera era preciso atravesar aquel monte arenoso, abriendo en él pozos; pero se encontraba siempre el agua del rio que habia atravesado, por medio de las arenas, obstáculo que paralizaba los trabajos. Un ingeniero tuvo entonces la idea de construir una máquina que á la entrada del pozo aspirase el aire exterior, comprimiéndolo en el interior, hasta el punto de atraer el agua y arrojársela enteramente de las arenas que habia invadido, ensayo que salió á pedir de boca.

El peso del aire obligó al agua á abandonar el terreno y dejar sitio á los mineros, que desde entonces trabajan con facilidad en aquel aire comprimido, al cual sin embargo han ido acostumbrándose con trabajo. Cuando descienden al pozo experimentan cierta presión dolorosa en los oídos; pero dura poco, y al salir al aire libre sienten un frío bastante intenso y se ven cercados de una especie de vapor que proviene de condensarse su traspiración.

En el pozo todos hablan nasalmente, y no pueden hacer que se oiga un silbido; las bujías arden en el aire comprimido con estruendo rápido, y subiendo con presteza las escalas se agitan, se oscilan ménos que en el aire libre. Hay mas: un trabajador, sordo hace muchos años, sostiene que ha oído perfectamente en el aire comprimido la conversacion de sus camaradas.

Se va á continuar la serie de experimentos, y es probable que se ensayen otras aplicaciones del aire comprimido en las artes mecánicas. Hasta se opina que se logrará que el aire comprimido sirva como ahora el vapor, para empujar los carruages y los barcos; con lo cual se ahorrará el combustible siendo esta una gran economía.

No olvidemos un fenómeno particular que se presenta cuando la compresion del aire se ejecuta precipitadamente, entonces saltan chispas, producidas por el calor que se desprende, y con arreglo á esta observacion se han hecho elaboraciones en los cuales se enciende la yesca por las chispas que produce la súbita compresion del aire en el frasco.

LOS DOS BRINDIS.—En un banquete en que se hallaban algunos ingleses y muchos españoles y franceses, se brindó por las damas. Milford B. dijo: «Bebo al bello sexo de los dos hemisferios. —Y yo, contestó un caballero francés, el marqués de Vrilliere, brindo á los dos hemisferios del bello sexo.»

UNA CIUDAD DESCONOCIDA.—En 1795, habiendo oido un ignorante decir que el general Urrutia habia tomado peluca, preguntó donde se hallaba situada esa ciudad. Un antiguo militar contestó: «¡Páramba, sobre la nuca!»